

---

## EL SEÑOR MINISTRO.

---

### I.

Acababa de concluir el tercer acto de *La Africana*. El Ministro salió del palco del director del teatro de la Ópera, y dijo sonriendo, como hombre que desea desembarazarse del peso de los negocios:

—Vamos al saloncillo; ¿queréis, Granet?

—Vamos al saloncillo, señor Ministro.

Era preciso atravesar el inmenso escenario, invadido por los tramoyistas, que maniobraban con las decoraciones como los marineros tripulan un buque; y puestos de corbata blanca, coquetones, sin abrigo, con el clac en la cabeza, varios abonados de frac iban y venían, cruzaban el escenario, sorteando los trastos y las cuerdas de las decoraciones, y se dirigían apresuradamente hacia el corredor anchuroso que conduce al saloncillo del cuerpo de baile.

Salían de todas partes, de las butacas y de los palcos, y muchos de ellos, tarareando la balada de Nelusko, franqueaban presurosos, y como acostumbrados á hacerlo de continuo, la especie de antesala que del foyer del teatro conduce al escenario. Un criado, de frac y corbata blanca también, sentado delante de una mesa, iba apuntando los nombres de los que entraban, en un pliego de papel dividido en dos columnas, al principio de una de las cuales se leía *Caballeros*, y *Médico* en el comienzo de la otra. El criado se levantaba de vez en cuando para saludar respetuosamente á los personajes que conocía.

—¿Has visto pasar al señor de Vaudrey, Luis?— preguntó un hombre, joven todavía, con el monoculo en un ojo, y que andando por aquellos corredores parecía encontrarse como en su casa.

—El señor Ministro está en el palco del señor director—contestó el criado cortésmente.

—¡Gracias, Luis!

Y en tanto que por la estrecha escalerilla el abonado entraba en el escenario, el criado, con su letra cursiva de escribiente de una oficina, puso en el pliego de papel:

*Señor Guy de Lissac.*

El señor Vaudrey, el ministro á quien buscaba

Lissac, había cogido del brazo á Granet, su acompañante, y contemplaba admirado aquella maquinaria inmensa de la Ópera, puesta en movimiento por un hormiguero de operarios, cosa desconocida para él. Vaudrey mostraba, ante aquel espectáculo, una admiración cándida, ante la cual Granet, amigo suyo y compañero en las Cortes, sonreía bajo su retorcido bigote.

—¡Me parece esto más curioso que la misma función!—decía el Ministro.

El tablado y los bastidores formaban grandes manchas de sombra, y el escenario entero, inmenso, parecía una gran playa de arena. Vaudrey levantaba la cabeza para ver, allá arriba, las filas simétricas de bambalinas, iluminadas y semejantes á enormes mecheros de gas, paralelos unos á otros. Un gran telón de fondo representaba un paisaje indio lleno de sol, y en el enorme espacio que quedaba entre el telón de boca y el de fondo, manchas negras parecían danzar sobre las tablas amarillentas, siluetas extrañas, determinadas por los visitantes que se destacaban vestidos de frac, como si fueran sombras chinescas.

—Todo esto es raro—dijo el Ministro;—pero vamos al saloncillo. ¿Lo conocéis, Granet?

—Soy parisiense—contestó el diputado sin sub-

rayar mucho la frase; pero su sonrisita semibur-lona daba á entender á Sulpicio Vaudrey que su tratamiento de excelencia, nuevecito aún, trascendía á provinciano.

Sulpicio, un tanto vacilante, cruzaba el inmenso escenario, en medio del movimiento y estrépito propios de un cambio de decoración, que se parece mucho al zafarrancho de combate en un navío de tres puentes, y la desaparición rápida del enorme buque de *La Africana*, aquel cambio metódico de una decoración, hecho por una nube de operarios vestidos con blusas azules, gritando, empujando delante de sí, ó llevándose á cuevas pedazos de palos, trozos de escalas, haciendo desaparecer por entre bastidores ó por escotillón aquel armazón de una obra de arte, el espectáculo de un hormiguero humano, deshaciendo una decoración gigantesca en la inmensidad de aquel espacio cuadrado que tiene algo de catedral y algo de fábrica, dejaba estupefacto al Ministro, que se detenía asombrado de vez en cuando, de espaldas al telón de boca y rozando la tela de éste con los faldones de su frac.

De un lado y otro de la escena, desde los palcos colocados dentro del escenario, lo miraban con los gemelos, y aquí y allí se oía un murmullo que

llegaba á él como el susurro de la brisa, y el sentido del cual adivinaba.

—¡ Es el nuevo Ministro de la Gobernación !

—¡ Ah ! ¡ bah ! ¡ el señor Vaudrey !

— Señor Vaudrey.

Y Vaudrey se erguía ante los grandes ojos redondos y sin expresión de aquellos gemelos de teatro, en tanto que Granet, sonriendo, decía á uno que tenía al lado, al maestro de coros, de pie junto á él y también vestido de frac :

—¡ Se conoce que es la primera vez que viene aquí !

¡ Y sí ! ¡ Verdaderamente era la primera vez que el nuevo Ministro ponía los pies en el escenario de la Ópera ! Sentía curiosidades de jovenzuelo y apetitos y deseos de colegial. ¡ Qué bien había hecho no llevando á la señora de Vaudrey, que estaba un poco indispueta ! Aquella rápida ojeada, apresuradamente dirigida á un mundo ignorado, le hacía el efecto de una escapatoria. Tenía su sal y pimienta aquella visita.

Detrás del telón de fondo, músicos en traje de budhistas, con los anteojos puestos sobre la nariz para ver mejor el papel, paseaban con aire fatigado con sus instrumentos en la mano. Indios con las mejillas embadurnadas, con las piernas me-

tidas en sus calzones de punto color de carne, bostezaban aburridos, esperando la hora de salir á escena. Había guerreros que dormían sobre bancos de madera, con la boca abierta y el casco echado sobre las narices para que les sirviese de pantalla. Otros, sirviéndose de sus lanzas como si fueran bastones, habían puesto el casco á sus pies para estar más cómodos y apoyar mejor la cabeza contra la pared cuando cerraran los ojos.

Chicuelas con faldillas cortas saltaban de un lado á otro, tarareando trozos de ópera. Coristas cruzaban las piernas, ó agachadas, arreglaban, dejando ver los pechos al inclinarse, las cintas de sus zapatos color de rosa. Había algunas con una especie de casco sianés, con adornos dorados en la cabeza, que se entretenían en hacer chocar unas con otras sus plateadas espadas. Mocetones con barbas postizas, vestidos de gran sacerdote, con trajes talaes blancos á rayas encarnadas, les codeaban sin decir *jagua va!* al pasar. Un portero se paseaba, vestido de librea negra, con una cadena al cuello, serio y grave, por entre aquellas muchachas bonitas y desvergonzadas.

Allá en el fondo, y dándole acceso un gran arco adornado con colgaduras de terciopelo gris, precedido de algunos escalones alfombrados, donde hom-

bres vestidos de frac charlaban con las bailarinas, Vaudrey veía aquel gran salón, deslumbrador, aquellos grupos de mujeres medio desnudas, entre las cuales los hombres parecían escarabajos posados sobre las flores de un rosal; todo reflejado por el inmenso espejo que se halla colocado al fondo del salón. Poco á poco, al entrar en él, distinguía debajo de los cuadros que representaban bailes antiguos ó retratos de la Camargo ó de Noverre, algo como un bosque de faldas de gasa, de hombros blancos, de piernas color de rosa, con aquellas eternas notas sombrías de los fracs negros, que manchaban aquí y allá los colores claros, como si fuesen manchas de tinta caídas en un traje de baile.

Habían hablado mucho á Sulpicio Vaudrey de aquel saloncillo de las bailarinas, y experimentó una brusca decepción. El exceso de luz que deslumbraba, hacía resaltar con mayor brutalidad lo viejo de las pinturas y aquellas mujeres bonitas, vestidas de tonelete, con los brazos al aire, sonrientes, apoyando uno sobre otro sus pies calzados con zapatos blancos, parecían sobre aquel tablado formando cuesta, que se agitaban en un medio polvoriento, falso y gastado.

—¿Y no es más que esto?—dijo el Ministro casi involuntariamente.

—¡Cómo!—contestó Granet.—¡Sois muy descontentadizo!

Entre todas aquellas muchachas había habido un movimiento de curiosidad y de coquetería á la vez, cuando el Ministro entró. Lo habían visto en el palco de la dirección, y sabían que entraría en el escenario, porque todos entran. Señalaban á Sulpicio, lo miraban mucho, y sentados en los divanes, algunos jóvenes correctos, calvos, rodeados, tal vez casualmente, por bailarinas que reían, procuraban disimularse, escondiéndose tras de las ahuecadas faldas de sus vecinas, y bajaban la cabeza, dejando ver sus calvas, como una mujer cuando no quiere ver á alguien se oculta á medias metiendo la nariz en el ramo de flores que lleva en la mano.

El Ministro, al advertir este manejo, había dejado escapar una sonrisilla burlona, porque vió á varios subgobernadores llegados de Versalles, de Chartres ó de otras provincias cercanas, que por lo visto administraban el país desde el fondo del saloncillo de las bailarinas. También algunos funcionarios del Ministerio de Bellas Artes se entretenían en estudiar allí estética durante los entreactos.

Todos los partidos fraternizaban en aquel sitio

en irónica promiscuidad, y en voz baja Sulpicio Vaudrey se lo hizo observar á Granet; los antiguos amigos del Imperio, con sus bigotes retorcidos, el cabello canoso, peinado hacia delante como Napoleón, y con la barba metida en almidonados cuellos altos, se mezclaban con los elegantes de la República, de ojo avizor, de patillitas cortas, rubias ó negras, bien peinados, sorprendidos de verse en aquel sitio y coqueteando como bisoños pervertidos, pero aún llenos de vacilaciones y menos atrevidos que aquellos otros gomosos más antiguos que ellos, que estaban allí en su elemento como buenos soldados viejos.

—¡Los quintos y los retirados!—dijo Vaudrey en voz baja.

—Tenéis ojo de parisiense, señor Ministro—contestó Granet.

—Es que hay parisienses en provincias también, mi querido Granet—replicó Sulpicio, cuyo color se animaba con la sangre agitada por una emoción singular de alegría.

—¡Ah! señor Ministro!—dijo un hombre gordo, sonriente, con el pelo y las patillas completamente blancas.—¡Vos aquí! ¿Qué casualidad.....?

Se acercaba saludando, pero sin humildad, antes bien con esa familiaridad que da siempre el

tidas en sus calzones de punto color de carne, bostezaban aburridos, esperando la hora de salir á escena. Había guerreros que dormían sobre bancos de madera, con la boca abierta y el casco echado sobre las narices para que les sirviese de pantalla. Otros, sirviéndose de sus lanzas como si fueran bastones, habían puesto el casco á sus pies para estar más cómodos y apoyar mejor la cabeza contra la pared cuando cerraran los ojos.

Chicuelas con faldillas cortas saltaban de un lado á otro, tarareando trozos de ópera. Coristas cruzaban las piernas, ó agachadas, arreglaban, dejando ver los pechos al inclinarse, las cintas de sus zapatos color de rosa. Había algunas con una especie de casco sianés, con adornos dorados en la cabeza, que se entretenían en hacer chocar unas con otras sus plateadas espadas. Mocetones con barbas postizas, vestidos de gran sacerdote, con trajes talaes blancos á rayas encarnadas, les co-deaban sin decir *jagua va!* al pasar. Un portero se paseaba, vestido de librea negra, con una cadena al cuello, serio y grave, por entre aquellas muchachas bonitas y desvergonzadas.

Allá en el fondo, y dándole acceso un gran arco adornado con colgaduras de terciopelo gris, precedido de algunos escalones alfombrados, donde hom-

bres vestidos de frac charlaban con las bailarinas, Vaudrey veía aquel gran salón, deslumbrador, aquellos grupos de mujeres medio desnudas, entre las cuales los hombres parecían escarabajos posados sobre las flores de un rosal; todo reflejado por el inmenso espejo que se halla colocado al fondo del salón. Poco á poco, al entrar en él, distinguía debajo de los cuadros que representaban bailes antiguos ó retratos de la Camargo ó de Noverre, algo como un bosque de faldas de gasa, de hombros blancos, de piernas color de rosa, con aquellas eternas notas sombrías de los fracs negros, que manchaban aquí y allá los colores claros, como si fuesen manchas de tinta caídas en un traje de baile.

Habían hablado mucho á Sulpicio Vaudrey de aquel saloncillo de las bailarinas, y experimentó una brusca decepción. El exceso de luz que deslumbraba, hacía resaltar con mayor brutalidad lo viejo de las pinturas y aquellas mujeres bonitas, vestidas de tonelete, con los brazos al aire, sonrientes, apoyando uno sobre otro sus pies calzados con zapatos blancos, parecían sobre aquel tablado formando cuesta, que se agitaban en un medio polvoriento, falso y gastado.

—¿Y no es más que esto?—dijo el Ministro casi involuntariamente.

—¡Cómo!—contestó Granet.—¡Sois muy descontentadizo!

Entre todas aquellas muchachas había habido un movimiento de curiosidad y de coquetería á la vez, cuando el Ministro entró. Lo habían visto en el palco de la dirección, y sabían que entraría en el escenario, porque todos entran. Señalaban á Sulpicio, lo miraban mucho, y sentados en los divanes, algunos jóvenes correctos, calvos, rodeados, tal vez casualmente, por bailarinas que reían, procuraban disimularse, escondiéndose tras de las ahuecadas faldas de sus vecinas, y bajaban la cabeza, dejando ver sus calvas, como una mujer cuando no quiere ver á alguien se oculta á medias metiendo la nariz en el ramo de flores que lleva en la mano.

El Ministro, al advertir este manejo, había dejado escapar una sonrisilla burlona, porque vió á varios subgobernadores llegados de Versalles, de Chartres ó de otras provincias cercanas, que por lo visto administraban el país desde el fondo del saloncillo de las bailarinas. También algunos funcionarios del Ministerio de Bellas Artes se entretenían en estudiar allí estética durante los entreactos.

Todos los partidos fraternizaban en aquel sitio

en irónica promiscuidad, y en voz baja Sulpicio Vaudrey se lo hizo observar á Granet; los antiguos amigos del Imperio, con sus bigotes retorcidos, el cabello canoso, peinado hacia delante como Napoleón, y con la barba metida en almidonados cuellos altos, se mezclaban con los elegantes de la República, de ojo avizor, de patillitas cortas, rubias ó negras, bien peinados, sorprendidos de verse en aquel sitio y coqueteando como bisoños pervertidos, pero aún llenos de vacilaciones y menos atrevidos que aquellos otros gomosos más antiguos que ellos, que estaban allí en su elemento como buenos soldados viejos.

—¡Los quintos y los retirados!—dijo Vaudrey en voz baja.

—Tenéis ojo de parisiense, señor Ministro—contestó Granet.

—Es que hay parisienses en provincias también, mi querido Granet—replicó Sulpicio, cuyo color se animaba con la sangre agitada por una emoción singular de alegría.

—¡Ah! señor Ministro!—dijo un hombre gordo, sonriente, con el pelo y las patillas completamente blancas.—¡Vos aquí! ¿Qué casualidad.....?

Se acercaba saludando, pero sin humildad, antes bien con esa familiaridad que da siempre el

dinero. Gordo y rico, con buena salud y fuerte, lo mismo á los sesenta años que cuando tenía cuarenta, Molina, que así se llamaba el personaje, pasaba las tardes en Bolsa y las noches en el saloncillo de las bailarinas de la Ópera.

Tenía influencia en el teatro, y mucha con las bailarinas, influencia algo paternal, porque sus cabellos blancos le daban derecho á ser respetado y su dinero el derecho de no respetar. Salido de muy abajo, llegado muy arriba, el gran Molina, concurrente asíduo á la Bolsa y á la Ópera, se daba el gusto de saborear primores, como hombre que desea apaciguar el hambre, porque no siempre ha comido bien. Cuadros renombrados, mujeres á la moda, estatuas de mármol y estatuas de carne; de todo eso necesitaba. Coleccionaba, sin gusto alguno, pinturas caras y objetos raros, y compraba sin amor las muchachas que hacían ruido. Si había necesidad las inventaba también, complaciéndose en lucir en su carruaje, alrededor del Lago, ó en las carreras de caballos á alguna principianta del vicio, y en contemplar en seguida el efecto y el estrépito que causaba en torno de ella, ambicionada, codiciada, sólo por haber sido la querida del gran Molina. Allá en sus tiempos había vendido en Marsella ropa vieja á los piamonteses y á los

marineros del puerto, en el barrio de los judíos. Y ahora sentía gozo inefable viendo á los parisienses del boulevard ó de los círculos aristocráticos comprando como reliquias del sentimiento los deshechos de sus amores.

—¿Vos en el saloncillo de las bailarinas, señor Ministro?—repitió el bolsista.—¡Ah! os aseguro que se lo contaré á la señora de Vaudrey.

Sulpicio sonrió con cierta extrañeza al ver el efecto que producía el nombre de su mujer pronunciado en aquel sitio. Parecíale que hablando de ella la mezclaban á un medio ambiente extraño, que no era el suyo. La misma impresión había experimentado pocos días antes cuando á propósito de su entrada en el Ministerio los periódicos relataron muy al pormenor su casamiento, describieron su casa é hicieron el retrato á la pluma de aquella Adriana, su esposa, que era la pasión de su vida.

—Después de todo—añadió Molina—la verdad es que la señora de Vaudrey no tendrá más remedio que acostumbrarse. La Opera ¡ahí es nada! ¡Pues si ella forma parte de la política! A veces los grandes problemas ministeriales se resuelven entre basfidores.

Y el bolsista reía á carcajadas.

En seguida se puso á explicar á Vaudrey todos



los pequeños misterios del escenario, como hombre hecho á vivir eternamente en aquella pequeña provincia parisiense, y á veces ingeniosamente, con un gesto, con una palabra sola, cuando más con una frase gráfica, hizo al Ministro la rápida biografía de cada una de aquellas muchachas que charlaban, reían ó pasaban casi sin tocar el suelo con sus piececitos de color de rosa.

Sulpicio se asombraba de todo. Ni siquiera se tomaba el trabajo de disimular sus sorpresas. Evidentemente era un novato.

—¡Ah! ¡señor Ministro!—decía Molina entusiasmado del efecto que causaba como *cicerone*.—¡Es necesario haber vivido aquí! ¡Preciso será que hagáis esta vida también! No hay nada más divertido. Este es un país aparte. Se ve crecer á las muchachas bonitas como si fueran espárragos. Se acostumbra uno á ver dando saltos en torno suyo á una chicuela flacucha que saluda como un pilluelo y roe nueces como un ratón. Se va uno á hacer por ahí un viaje de tres meses, á baños por ejemplo, y á la vuelta, ¡era! transformación completa. La crisálida convertida en mariposa. Ya no encuentra uno á la chicuela, sino una mujer. Sus ojos burlescos lo miran á uno con expresión extraña que turba. ¡Seis meses antes tenía

uno tentaciones de comprar dulces á chiquillas á quienes se ofrece sencillamente un carruaje ó una casa! Y de generación en generación se asiste á la movilización de un sin fin de jóvenes reclutas que hacen aquí sus primeras armas, pasan luego á la guardia veterana, se hacen después construir un cuartel de inválidos para ellas solas y llegan muy lejos de un salto cuando no se lastiman la rodilla.

—¿Lastimarse la rodilla?—dijo el Ministro.

—Frase especial que no se encuentra en el *Diccionario de Economía política* de Mauricio Bloch, señor Ministro; quiero decir tener mala suerte..... ¡Lastimarse la rodilla es una situación muy interesante! Pero á veces eso corta no las piernas sino la carrera.

—¿Y se lastima uno la rodilla con frecuencia en la Ópera?

—¡Ah! señor Ministro, ¿qué queréis hacerle? ¡Hay tantas caídas en este oficio de hacer piruetas! ¡Pasa lo mismo que en la política!.....

Y el gran Molina se rió la gracia, y colocándose en las narices, chatas y partidas en dos como las de los perros dogos, unos elegantes quevedos, volvióse hacia la puerta y exclamó con acento de curiosidad:

—¡Holal ¿María Launay? ¿Qué lleva en la mano?  
Ligera como un pájaro, vestida de bailarina india, una muchacha de diez y seis ó diez y siete años, pero ya mujer hecha y derecha, con grandes deseos apenas disimulados en sus grandes ojos azules, entraba en el saloncillo con un pliego de papel grande en la mano.

Sacudió como si la molestase el gran collar de perlas falsas que danzaba en su cuello muy fino y caía sobre su seno aun no del todo desarrollado, y buscando con la vista á alguien en medio del bullicioso grupo de bailarinas, gritó desde lejos á una morena, metida en carnes, que reía á carcajadas en un rincón, rodeada de muchachos vestidos de frac y corbata blanca:

—¡Eh! ¡Ana! ¿no te has suscrito?

La morena acudió presurosa escapándose del grupo de galanteadores que la acosaba, y dando saltitos llegó hasta el sitio donde se hallaba María Launay que le entregó el pliego de papel y un elegante lapicero de aluminium.

—¿Qué diablos es eso?—preguntó Molina.

—¡Vamos á verlo!—dijo Granet.

—¿No será una indiscreción?—objetó el señor Vaudrey, medio en serio, medio en broma.

El bolsista, que se hallaba ya al lado de las dos

muchachas, preguntó á la rubia lo que contenía aquel papel, en el cual la otra graciosa bailarina deletreaba algunos apellidos.

María Launay, graciosísima con sus hermosos cabellos rubios hechos tirabuzones, sonrió como una niña con cierta timidez ante la atrevida sonrisa del hombre gordo, y paseando la mirada de sus ojos azules, de una pureza virginal, sobre Sulpicio y Granet que se hallaban de pie al lado de Molina:

—¿Esto?.....—dijo—Es la suscripción para la señorita Legrand.

—¡Toma, es verdad!—contestó Molina.—¿Vais á regalarle una estatuilla?

—A propósito de su retirada del teatro. Sí, todos los de la Ópera se han suscrito y algunos abonados también. ¡Mirad!

Y María Launay quitó con presteza á su amiga el pliego de papel donde multitud de nombres, escritos unos con lapiz, otros con tinta, mostraban un aspecto singular de palotes de chiquillo ó de patitas de mosca elegantes ó de fantasías ortográficas en extraña promiscuidad. Molina se echó á reir repasando la lista al ver junto á los nombres de bailarinas y de coristas los *de* de algunos aristocráticos abonados.

—¡Ah, señor Ministro! ¡Esto es monumental! Mirad, mirad: *Amelia Dunois*, 2 francos.—*Juana Garnot*, 5 francos.—*Bel-Enfant (Carlos)*, 1 franco 50 céntimos.—*Warnier 1.º*, 2 francos.—*Warnier 2.º*, 2 francos.—*Gigonnet*, 4 francos.—*El Barón Humann*, 100 francos.—¡El barón!..... ¡Antiguo gobernador!..... ¡Humann!, suscribiendo con *Bel-Eufant* y *Gigonnet!* Humann, poniendo su firma al pie de este autógrafo: *Me SusCrivo por cinco franCos.* ¡Si lo publicase un periódico nadie creería que era verdad! ¿Hay por ahí algún periodista? ¡He aquí una bonita gacetilla, asunto para un suelto!

Granet, con los ojos tiernos y retorciéndose el bigote, examinaba fijamente á María Launay, mientras que Ana, la otra muchacha, confusa ante la estrepitosa rísa del famoso Molina, jugueteaba con el lapicero de aluminium y miraba á María como diciendo:—¡Te aseguro que no me atrevo á escribir delante de esta gente!

—Prestadme el lápiz, hija mía—le dijo Molina.

Ella se lo alargó con la misma timidez.

—Dónde figura el Barón, bien puede figurar Molina el bolsista—dijo el viejo.

Dió vueltas al tornillo del lapicero para sacar

la punta, y poniendo con la mayor frescura su pie calzado de bota de doble suela en uno de los divanes de terciopelo, escribió rápidamente colocando el papel sobre su rodilla como hombre acostumbrado á garabatear órdenes en la Bolsa.

—¡Salomón Molina, 500 francos!

—¡Ah! señor Molina—dijo María Launay después de leer el renglón.—¡Qué generoso sois! ¡Gracias, gracias! ¡Como todo el mundo hubiese estado así de espléndido, podríamos regalar á la señorita Legrand una estatua del *Baile* hecha de oro!

—Cuando queráis el grupo de Curpeaux para vos solita, hija mía, dijo Molina, podéis ir á comprarlo en un simón y..... y..... te lo llevarás en un carretela propia que estoy dispuesto á regalarte.

La muchacha, á pesar de la capa de polvos de arroz que la cubría las mejillas, se puso colorada como una amapola, y sus elegantes juveniles hombros tiñéronse de un color sonrosado que daba mayor encanto á sus gracias infantiles.

Vaudrey, en aquel medio embriagador, que poco á poco iba gustándole, sentíase lleno de tentaciones y extrañamente perturbado. Pasábanle or delante de los ojos visiones de otros tiempos,

fantasmas con faldas de colores claros, espectros de paisajes primaverales con bocanadas de juventud, que olían á la hierba verde, á las lilas de Meudon, á las violetas de Ville d' Avray, á las escapatorias de estudiante. Aquellas faldetas de gasas le recordaban los vestidos de percal que correteaban á la sombra de los castaños; aquellas muchachas del cuerpo de baile le parecían las modistillas que él había conocido cuando tenía veinte años.

A su vez alargó la mano hacia el pliego de papel donde Molina había escrito su nombre, y dijo á María Launay:

—Ahora yo, señorita.

Granet se sonreía.

—Vamos, vamos—dijo.—¿Váis á poner debajo de la firma de Gigonnet, la del Ministro de la Gobernación?

—¡Ah! ¡diablos! ¡Pues es verdad!—dijo Vaudrey riendo.....—Creedme ó no; pero ¡maldito si me acordaba de que soy Ministro!

—Eso es como cuando á mí dieron la cruz—contestó Molina.—No quería tomar mi abrigo de manos de los acomodadores en el guarda-ropa porque veía la cinta de la cruz en el ojal y me parecía que no era mío. En cambio ahora está uno

tan acostumbrado á la condecoración, que me extraña no vérmela en la camiseta interior.

Vaudrey dejó sorprendida á María Launay y siguió escuchando al gran Molina, que continuaba haciendo la crónica del cuerpo de baile.

—¡Ah! ¡Si el señor Ministro tuviese tiempo! ¡Vería las cosas más extrañas del mundo! Había entre los bailarines un marmolista que de día se dedicaba á la venta de lápidas mortuorias y otros objetos fúnebres, y que por las noches bailaba que se las pelaba sonriendo y enseñando los dientes al público. Andaba siempre á caza de muertos de la compañía de la Ópera ó de sus amigos para proponerles la adquisición de una lápida barata, y aprovechaba para ello los momentos que le quedaban libres entre una escena y otra á la hora del ensayo. Un día, Molina había presenciado el ensayo de un baile nuevo. Era cosa de no creerlo á no verlo. Vió entre los danzarines un muchacho dependiente de una casa de comercio, que había hecho una escapatoria para poder asistir, que por las noches bailaba y de día se dedicaba á la cobranza de recibos. También le llamó la atención una joven que ensayaba con vestido de luto. Cuando preguntó Molina le dijeron que la infeliz acababa de perder á su madre aquella mañana

misma. ¡Oh! ¡Este gran edificio de la Ópera os aseguro que es el país de las antítesis!

Si el bolsista hubiera estado relatando al Ministro anécdotas é incidentes de un viaje á Persia, Vaudrey no lo hubiese escuchado, ni con más gusto, ni con más sorpresa. Todo aquello era un mundo nuevo, ignorado, lleno de atractivos y de tentaciones para aquel hombre, joven todavía, laborioso, que había llegado á la meta á fuerza de trabajo y que no conocía de París más que lo que había entrevisto durante sus años de estudiante de Derecho: el parterre de la Comedia francesa, las galerías del Luxemburgo y del Louvre, las bibliotecas, los archivos, los bailes cursis y el salón de la Ópera, alguna que otra noche de baile de máscaras. ¿Y qué más?..... Nada. Eso era todo lo que conocía de la vida parisiense.

El grande hombre provinciano llegaba de Grenoble con el apetito de París. Y ahora se encontraba lanzado de pronto en el escenario de la Ópera, siendo objeto de todas las miradas, de la curiosidad general y sintiéndose casi intimidado al ver en medio de aquel inmenso salón, que por tradición se llamaba el saloncillo, en medio de los deshonestos escotes de las bailarinas, su propia imagen reflejada en aquellos espejos iluminados profusamente.

Y todos lo contemplaban, lo estudiaban, evitaban tropezar con él por temor y daban vueltas, sin embargo, en torno suyo, por interés. ¡El nuevo ministro! ¡El jefe de todo aquel numerosísimo personal de gobernadores y subgobernadores, muchos de los cuales se veían allí sentados en los divanes de terciopelo de aquel saloncillo!

Todas esas miradas, todos esos cuchicheos de mujer, aquellos fruncimientos de cejas del adversario, aquellos exagerados saludos del adulator, hacían experimentar á Vaudrey cierto malestar, cuando de pronto vió encaminarse hacia él, buscándolo evidentemente, á Guy de Lissac, quien al verlo, se dirigió á donde él estaba y lo saludó, con visible intimidad, no exenta sin embargo de una voluntaria y correctísima reserva.

Pronto Sulpicio dió al traste con aquella reserva. Salió al encuentro de Guy, le cogió la mano y le dijo alegremente:

—¡Gracias á Dios, hombre! ¡Sabes que esperaba tu visita! ¡Eres el único amigo mío íntimo que aun no me había felicitado!

—Eso consiste, mi querido ministro—respondió Lissac con el mismo tono cariñoso—en que no me parece que el ser ministro constituye una felicidad tan grande que merezca que los amigos

se le echen á uno al cuello gritándole: «¡Bravo! ¡has subido al Capitolio!» Pero el Capitolio no me parece cosa tan buena que merezca echar las campanas al vuelo. Me alegro, si tú te alegras y te felicito si tú aceptas la enhorabuena. Eso es.

—Tú y mi querido Ramel—dijo Sulpicio—sois los dos seres más originales que conozco.

—Con la diferencia de que Ramel es un puritano, un antiguo, un mármol, y yo soy un paseante en corte y un escéptico. ¡Tu querido Ramel es una figura de bronce, y tu amigo Lissac una figurita de doublé fino! Buena prueba de ello es que ando buscándote para pedirte ya un favor.

—¿Cuál, mi querido Guy?—exclamó Vaudrey con brusca expresión de alegría.—¡Todo lo que tú quieras!

—Estoy en el palco de la señora de Marsy. ¿No conoces á la señora de Marsy? Te ha aplaudido mucho desde la tribuna del Congreso y ha hecho votos en favor de tu subida al ministerio. Te acaba de ver en el palco de la Dirección y me ha rogado que te presente á ella ó que la presente á tí, porque no sé si esto de tratarse de un excelentísimo señor ministro variará la costumbre.

—¿La señora de Marsy?—dijo Vaudrey.—¿No es la viuda de un pintor? ¿No da reuniones políticas?

—Eso es, reuniones nuevas para hacer la competencia á las de la señora de Evan! ¡República ateniense! ¿Eso no te desagradará?

—Al contrario. No fundaremos la República sino con la ayuda de las mujeres.

—¡Vamos—dijo Lissac riendo—la política y los honores no te han hecho variar!

—¿A mí, querido? No chico; con veinte años más y bastante pelo menos, soy el mismo que en 1860.

—¡Hotel Racine! ¡Calle de Racine!—dijo Lissac.—Entonces soñaba yo con ser un Musset, y, ¿qué he logrado ser? Nada; un espectador, un aficionado, un parisiense, un transeunte; nada. Tú, en cambio, no soñabas si no en ser un Barnave, un Verguiau ó un Barbaroux, y hete aquí que has llegado.

—¡Llegado!—dijo Vaudrey.

Trató de mover la cabeza modestamente como si aquella palabra no hubiese halagado su amor propio; pero había en su mirada una alegría tan cándida, tal necesidad de dejarla ver, que no pudo menos de sonreír al ver que aquel compañero de su juventud hacía constar su triunfo. Los jueces más severos son siempre aquellos que os han oído formular las ilusiones primeras; y cuando al fin

se conquista un porvenir, les parece á veces que se lo habéis robado á ellos. ¡A lo menos Lissac no era envidioso!

— ¡Vamos á ver á la señora de Marsy, mi querido Guy!—dijo Sulpicio.—Tanto más cuanto que si se parece al último retrato suyo, que ví expuesto en el salón el año pasado, debe ser encantadora.

El ministro se alejó del brazo de Lissac, después de haber dirigido una última mirada al saloncillo donde las bailarinas seguían charlando, riendo y bromeando entre sus adoradores y donde los jóvenes subgobernadores seguían ocultando la cara tras el disco de sus sombreros clacs.

Granet, para despedirse del Ministro, se separó con Molina del lado de María Launay, que sonreía con candidez, porque el bolsista le había dicho, acariciándole las mejillas con sus enormes dedos, una porción de galanterías de un color subidísimo.

— Señor Ministro—dijo el banquero, acariciando á Vaudrey con la vista y dirigiéndole una mirada llena de malicia;— ¡ya sabéis! si se presenta ocasión me tendréis siempre á vuestras órdenes.

—Hasta mañana, en la comisión de reformas arancelarias, señor Ministro—dijo Granet.

De todas partes lo saludaban, y Vaudrey contestaba y se alejaba con el ademán y la fisonomía amables que le eran peculiares.

Para volver al palco Sulpicio tenía que atravesar el escenario. La decoración del cuarto acto estaba ya puesta. Perspectivas de templos budhistas aparecían, destacando sobre el fondo de un cielo azul, su extraña arquitectura, sus estatuas colosales. Un resplandor de un sueño de las *Mil y una noches*, proyectado por una luz eléctrica, iluminaba el anchuroso escenario con resplandor fantástico, claro y suave como un rayo de luna, y Sulpicio sonreía al atravesar aquel espacio, semejante á los tranquilas aguas de un lago donde se destacaba enérgicamente su sombra. Parecíale que aquella iluminación eléctrica, apoteosis fantástica, era algo así como la aureola de su triunfo político.

En el momento en que salía del saloncillo de las bailarinas, Sulpicio tropezó con un hombre de aspecto muy grave, con el frac abrochado, casi calvo, con algunos mechones de cabello gris rodeando unas orejas gordas y grandes, con las mejillas y la calva coloradas, el cual penetraba como quien busca á alguien, mirando á todas partes, en aquel salón lleno de perfumes y de luz.

Sulpicio lo miró involuntariamente y no pudo menos de exclamar con alegría al reconocer en él al hombre que había reemplazado en el ministerio, un protestante, un hugonote, que era padre de cinco ó seis hijas, solemne siempre en su aspecto y moral como los capítulos de la Biblia:

—¡Hola, señor Picherau!

El otro sacudió la calva color de manteca como si acabara de recibir en ella un badilazo, y de colorado que estaba se puso carmesí al ver á Sulpicio, su sucesor en el ministerio, que le alargaba con amabilidad y galantería las dos manos correctamente enguantadas.

Guy de Lissac había cesado de reir.

Los dos excelentísimos señores se encontraban uno enfrente del otro al pie de la escalera del saloncillo entre las coristas, bailarinas y comparsas: dos excelencias, una sonriente, otra muy grave, expuestas á las miradas curiosas y un si es no es burlonas de toda aquella gente.

—¡Hola! os he cogido, carísimo colega—dijo Sulpicio divirtiéndose al ver á Picherau turbado, metido como un cuakero dentro del abrochado frac y con los ojillos saltones detrás de los cristales de sus gafas, tan tristón como un sacristán cogido en falta.

—¿A mí?—balbuceó Picherau .... ¿A mí?..... Querido ministro venía..... venía..... precisamente buscándoos á vos.

—¿Aquí?—dijo Vaudrey.

—¡Aquí!

—¿De veras?

—Tenía que hablaros..... sí..... quería hablaros.

El pobre Picherau se estiraba maquinalmente el chaleco, y adoptando cierto aire más marcado aún de solemnidad dijo:

—Quería hablaros..... de algo muy importante..... de la cuestión de las comunidades protestantes.

Sulpicio contuvo á duras penas la carcajada.

Picherau, que parecía un pastor calvinista, lanzaba por encima de los cristales de sus gafas miradas llenas de fósforo, hacia el salón donde María Launay estaba riendo las gracias del famoso Molina. Algunos reporters, creyendo que iban á encontrar allí asunto para algún suelto de sus periódicos, revoloteaban en torno de los dos ministros, el de hoy y el de ayer, y trataban de pescar al vuelo algún retazo de su conversación.

Guy de Lissac se divertía con el aire consternado de Picherau, que se frotaba las manos, seguía en el mismo sitio, y que procuraba disimular su tur-



bación, dejando adivinar en su sonrisita sarcástica todo el placer que hubiese tenido en extrangular á su interlocutor.

—Y bien, mi querido compañero, hablaremos en otro sitio de vuestras comunidades. ¡Me parece que no es éste lugar á propósito! *Non est his locus.* ¡Hasta la vista!

—Hasta la vista, mi querido ministro—respondió Picherau, esforzándose por aparecer amable.

Vaudrey se llevó del brazo á Lissac, murmurando á la par que sonreía burlescamente:

—¡Vaya, vaya..... con el cuáker! ¡Ha entregado la cartera de Gobernación, pero se ha quedado con el llavín del escenario!

—Parece—respondió Guy, que esta puertecilla de comunicación es el consuelo de los caídos. ¡Los ojos azules de María Launay son siempre una medicina agradable!

—¿Si tendría razón el famoso Molina? ¿Si para los ministros la dimisión sería el golpe en la rodilla de que antes me hablaba?—dijo Vaudrey alegremente.

Y se reía con buen humor al recordar la actitud irritada, humilde, desconfiada y embarazosa de aquel doctrinario de Picherau que iba á consolarse al saloncillo de las bailarinas, en tanto que

sus cinco ó seis hijas leían honestamente novelas inglesas y hacían música, en su casa, dirigidas por su institutriz, vieja estirada que no se quitaba jamás las gafas verdes.

—¡Bah!—añadió Vaudrey con la misma alegría, no es caer mal caer en brazos de las bailarinas.

## II.

La señora de Marsy estaba esperando que Guy de Lissac volviese del escenario. Desde que viera á Vaudrey allí, delante de ella sentía una comezón terrible de conquistarlo para sus reuniones, para sus salones, que acababan de abrir sus puertas. La señora de Marsy sentíase picada de esa tarántula que da á la vida moderna el movimiento de una persona atacada del baile de San Víctor. Viuda, rica, joven todavía, muy halagada, empeñábase en figurar en sociedad por pasatiempo. Era una de esas mujeres que constantemente parecen estar expuestas ante las cuartillas de los noticieros como ante el objetivo de una máquina fotográfica. De la verdadera intimidad de su vida en realidad nadie sabía gran cosa. Pero el color de